



## El Arte en el Siglo XX : LA MUSICA

Todos los derechos reservados.  
Este artículo no puede ser reproducido o transmitido  
en ninguna forma sin permiso escrito del editor:

[Info@bachoir-caparo.com](mailto:Info@bachoir-caparo.com)  
<http://bachoir-caparo.com>

## **El Arte en el Siglo XX : LA MUSICA**

**Cuando llega Hitler al poder, Strauss con casi setenta años, es una institución en Alemania. Se le dio algún cargo oficial, hasta que solicitó la colaboración de un judío. Cayó en desgracia y tuvo que retirarse a su villa, fuera de Berlín, donde quedó en arresto domiciliario.**

•

De nuevo hay que aplicar el método cronológico en combinación con la vigencia en el tiempo, sin renunciar a iluminar lo que esos mismos compositores hayan hecho con posterioridad. En primer término, están los que desaparecieron con una obra ya consumada: Gustavo Mahler en 1911, Claudio Debussy en el 18, Erik Satié en el 25, Edgar William Elgar en el 34, lo mismo que Frederik Delius. En el 35, Alan Berg y Paul Dukas, Ottorino Respighy en el 36 y Mauricio Ravel en el 37.

Nos encontramos con dos colosos que proceden de la década de los sesenta , pero que llegaron a los días de la II Guerra. El más Viejo de ellos Richard Strauss, nacido en Alemania en 1864 y que llega a los ochenta y cinco. Cuando Strauss llega al siglo, ya era famoso por algunos de sus poemas sinfónicos: “Don Juan”, “Así hablaba Zaratrusta”, “y otros”. Con posterioridad,” Salomé”, que es una ópera, lo mismo que “Electra”, seguirán otras, como “El caballero de la rosa blanca”. Pasada la I Guerra, sigue la fecundidad del compositor, que no cesa de crear. Cuando llega Hitler al poder, Strauss con casi setenta años, es una institución en Alemania. Se le dio algún cargo oficial, hasta que solicitó la colaboración de un judío. Cayó en desgracia y tuvo que retirarse a su villa, fuera de Berlín, donde quedó en arresto domiciliario. Lo extraordinario de este hombre es que la fuerza creadora se mantuvo vigente. En plena II Guerra escribió un

Concierto para Oboe. En el 45 un Concierto para veintitrés instrumentos. En el 48, cuando estaba ya al borde de la muerte, “Cuatro canciones finales”.

El otro sobreviviente de los sesenta es el finlandés Juan Sibelius, que nació en el 65. Si Strauss es del país de los grandes compositores, éste no es el caso del más representante de la música nacionalista de su patria. Sibelius llegó al nuevo siglo con los prestigios que había ganado con su poema sinfónico “Finalmente”, de 1894. Pero en él no se repite la fecundidad de Strauss. La producción de este gran músico acabó en el 25, pero el mundo musical nunca olvidó que estaba vivo. Dentro de sus composiciones del Siglo XX se destacan su Sinfonía número 2, que se estrenó en Berlín en 1901. La sinfonía número 3 tiene la importancia de que con ella el compositor superó el romanticismo que lo había superado. Su última Sinfonía es la número 7, del 24. Desde su nórdica Finlandia conquistó el resto de Europa y al público de los Estados Unidos.

De los setenta proceden Vaughan Williams, Sergio Rachmaninoff, Charles Ives, Manuel Falla y Arnold Schoenberg. La tremendísima importancia de Ralph Vaughan Williams para la música inglesa de este siglo se debe a que el compositor la independizó de la secular servidumbre en que había vivido en relación con Alemania, desde los días lejanos de Haendel. El llevó por primera vez el folklore inglés a la música seria o culta. Para hacer esto no fue ningún obstáculo que Vaughan estudiara en Berlín. Llevaba el nuevo siglo un lustro, cuando escribió su primera obra importante, una cantata, inspirada en una composición de Walt Whitman. En París siguió estudios con Ravel. Terminada la I Guerra mundial ya había asumido el profesorado. Entre sus obras hay nueve sinfonías. Llegó hasta el 58 con ochenta y seis años.

Sergio Rachmaninoff gozó tanta fama como pianista, como también de compositor. Las dos expresiones se identificaban en el ruso, nacido en el 73. A

los veinte años era ya un acontecimiento musical en Rusia, con los aplausos de Tchaikovsky. Ya había escrito el Concierto de piano número uno, cuando tenía diecisiete años. A los veinticuatro su primera Sinfonía. Y con esta dos obras, muchísimas más. Entró en los novecientos con el Concierto número dos. De 1907 en su Segunda sinfonía. En 1909 debuta en los Estados Unidos con el Concierto número tres. Repitió lo que una década antes había hecho en Londres: tres hombres en una sola pieza: compositor, solista y director. Lo de los Estados Unidos fue tan espectacular como consagratorio. El ruso volvió a su tierra al año siguiente. En su patria seguiría su brillante carrera, en su triple proyección, hasta la Revolución. Abandonó su país para siempre. Llegó a los Estados Unidos en el 18 y allí se quedó.

Cuando tiempo después Falla logró que en París Paul Dukas le oyera esa obra, el francés le ofreció presentarla a “La Opera Cómica”. Esto lo llevó al contacto con Debussy y Ravel. También conoció a Albéniz. Tras el triunfo de “La Vida Breve”, el editor de ésta le pide otra obra más, “Noche en los Jardines de España”, pero la Guerra interceptó estos encadenados ascensos y el compositor tuvo que regresar a España. Si el público francés aplaudió hasta el delirio “La Vida Breve”, el madrileño no se quedó a la zaga cuando se montó en Noviembre 14 de 1915; es la obra suya de mayor popularidad, “El amor brujo”, que incluye su fascinante “Danza del Fuego”. Al fin, estrenó de “Noches en los jardines de España”, a la que sigue “El corregidor y la molinera”. Cuando Sergio Diaghilev, el director de los Ballets Rusos, le pide una obra, Falla se basa en esta última para escribir “El sombrero de tres picos”, que , con escenografía de Picasso se estrena en Londres 1913. Por encargo de una princesa francesa, para ser estrenada en su palacio de París, escribió “El Retable de Maese Pedro”, basado en un pasaje del Quijote. A esta pequeña opera, siguió el concierto para clavicémbalo. Tras otras piezas menores, el Concierto para clave, flauta, oboe, clarinete, violín y violoncello. Escribía “La Atlántida” cuando llegó la Guerra Civil.

Al terminar ésta, se dirigió a Buenos Aires, donde volvió a trabajar en la obra que escribía como un homenaje al descubrimiento de América, basándose en el poema de Verdauer, pero no la terminó. Tenía setenta años cuando le traicionó el corazón en el 76.

En la década de los ochenta nacieron Ernest Bloch, Bela Bartok, Zoltán Kodaly, Igor Stravinsky, Webern, Edar Verese y Heitor Villalobos.

Bloch es suizo Triunfó en París con la ópera “Macbeth”. En plena I Guerra, logró llegar a los Estados Unidos. Judío, casi todas sus obras están inspiradas por temas religiosos. Su obra más destacada es “Servicio Sagrado”, del 33.

Bartok es uno de los grandes de la música contemporánea. Nació en Hungría en 1881. Aparte de la música folklórica de su país conoció la de Checoslovaquia y Rumanía. Su primer estreno fue en Budapest, 1903, del poema sinfónico “Kosuth”. Al año siguiente, “Rapsodia para piano y orquesta”, que presenta en París al concurso “Rubinstein”, y gana el Segundo premio. Consciente del valor de la auténtica música popular húngara, que nada tenía que ver con la gitana, se dedicó a su estudio y recopilación, teniendo a su amigo Kodaly como colaborador. Después, ampliará su labor con la de Rumania y Eslovaquia, territorio Checoslovaco. No hizo sus estudios en biblioteca, sino en el campo. Toda esta música incluyó en su obra, pero lamentablemente no se le ofrecía al compositor la merecida aceptación. Tuvo que esperar hasta el 17 para que su ballet “El Príncipe de Madera” fuera un éxito en Budapest. Esto hizo posible que se presentara la ópera “El Castillo de Baba Azul” antes rechazada. Estos éxitos fueron un estímulo y en su Concierto para violín y a su Cuarteto para cuerdas añadió el segundo de éste, más el ballet “El mandarín milagroso”, con la influencia expresionista de la moda de entonces. Bela se ve respaldado cuando una revista exaltó la importancia de la música campesina. Más todavía cuando

una prestigiosa casa editora publicó sus obras completas. Al unísono empezó a recibir encargos. Una de las composiciones escritas con ese motivo, “Suite de Danzas”, fue incorporada a los respectivos repertorios de las más importantes orquestas del mundo. A pesar de los triunfos, se produjo una silenciosa tregua en la que seguirá con sus investigaciones folklóricas. Cuando emerge ha abandonado el expresionismo y está influido por el neoclasicismo de Stravinsky. Comenzó a partir del 26 una muy fecunda etapa creadora. Su fama fue tan alta que ya sólo componía obras por encargo. Tuvo que abandonar su actividad de concertista, que había desarrollado con justos reconocimientos. Ante la anexión de Austria a Alemania por Hitler, sabía que Hungría correría el mismo destino, y emigró a los Estados Unidos. No tuvo el éxito que esperaba y su situación se empeoró con el quebranto de la salud. En esas condiciones recibió encargos. Algunos los pudo terminar y otros no. Gustó mucho su concierto para orquesta para Yehudi Menuhin. Escribió su Sonata para violín. Además un Concierto para Viola. El Concierto número 3 de piano para su esposa, la pianista Ditta Pasztory. Víctima de leucemia murió en el 45 en Nueva York . Alcanzó a saber de la terminación de la Guerra y de la muerte del Fueherer.

Cuando Kodaly se encuentra con su compatriota Bartok, ya ha estudiado mucho la música de Hungría y de gran parte de la Europa Oriental. Producido el encuentro, siguieron trabajando juntos, en una perfecta cooperación. Publicaron un libro sobre el tema. Pero en cuanto a composición, Zoltán no consumó ninguna ruptura con el pasado, tal como había hecho su fraternal Bela. Su estilo es armonioso, sencillo, con estructuras claras y equilibradas. Escribió óperas, piezas para coros, obras orquestales, música de cámara. Tuvo una larga vida, hasta los ochenta y cinco.